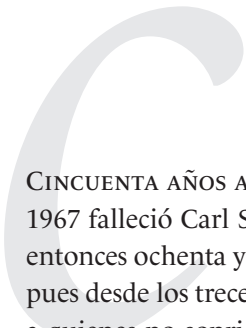


Carl Sandburg. (Fotografía: Dave Iwerks/Pix Inc./The LIFE Images Collection / Getty Images)

# Carl Sandburg y la poesía del pueblo y las rosas

Moisés Elías Fuentes



CINCUENTA AÑOS ANTES DE LA REDACCIÓN DE ESTAS LÍNEAS, el 22 de julio de 1967 falleció Carl Sandburg, en su casa de Carolina del Norte. Contaba para entonces ochenta y nueve años, la mayor parte de los cuales dedicó al trabajo, pues desde los trece años laboró para ayudar a sus padres, inmigrantes suecos a quienes no sonrió la prosperidad americana; aunque también dedicó muchos de sus años a la literatura, sobre todo desde que se trasladó a Chicago hacia 1913, ciudad en la que emergió el poeta, narrador y ensayista Sandburg, el que observó y sintió y testimonió la epopeya de los hombres y mujeres del común, aquellos que se encontraban, como él mismo, lejos de las comodidades y disipaciones en las que se solazaba la élite económica, política e industrial. Y esos contrastes sociales y humanos fueron el barro y la arcilla con que tradujo en palabras la epopeya de la vida y de la muerte de hombres y mujeres que llegan hasta nosotros, enteros de cuerpo y alma, en las prosas y versos del hijo de inmigrantes nacido el 6 de enero de 1878.

Admirado hasta el regodeo, disminuido hasta el desdén, la verdad es que Sandburg y su obra no pueden ser encasillados ni en la admiración desbordada ni en la disminución prejuiciosa. La obra literaria del autor en su conjunto trasciende las clasificaciones, porque transmite una concepción de libertad espiritual que conmueve y cuestiona los cimientos de la organización social estadounidense, basada en el modelo financiero capitalista, llevado a sus últimas consecuencias, lo que convirtió a los Estados Unidos en un país deslumbrante en cuanto a su desarrollo económico, pero patético en cuanto a su galopante deshumanización.

Auténtico *self-made man*, Sandburg observó con inteligencia las grandezas y bajezas que escindían el alma y el pensamiento de la gente común. Para algunos Sandburg se deleitaba con la sordidez, pero en realidad lo que ocurría es que no negaba los rasgos crueles de la sociedad en la que vivió, como en su poema “Chicago”, que sin cortapisas señala el salvajismo de la urbe:

Me dicen que eres perverso y yo les creo, porque he visto vuestras hembras pintadas, bajo las lámparas de gas, seduciendo a los chicos del campo.  
Y me dicen que eres malvado y yo respondo: Es cierto, porque yo he visto al pistolero matar y salir libre para matar de nuevo.<sup>1</sup>

El poeta estadounidense se expresaba con sinceridad brusca porque el mundo era y es brusco, desordenado, impulsivo, pero también lleno de gracia y singular encanto, por lo que la ciudad de Chicago, antes acusada de perversa y malvada, es también la capital del vigor y la inventiva y la grandeza industrial:

Venid y mostradme otra ciudad con la cabeza alzada cantando tan orgullosa de vivir y ser áspera y fuerte y astuta  
lanzando maldiciones magnéticas entre la brega que amontona faena sobre faena,  
aquí tenéis un alto y valiente haragán puesto de bulto frente a las blandas pequeñas ciudades [...]

Escritor de sensaciones, los poemas de Sandburg son visuales, auditivos, olfativos. Las ciudades se vislumbran con sus escandalosas multitudes, olores y hedores de calles y fábricas, así como los campos se perciben con la vida ruda de campesinos y los paisajes que recuerdan la existencia de la libertad. Es el mundo hórrido y sublime de los hombres y las mujeres que hablan de sí mismos en un yo colectivo: “Yo soy el pueblo, la chusma”:

Yo soy el pueblo, la chusma, la turba, la masa.  
¿No sabéis que el trabajo del mundo se hace por medio mío?  
Yo soy el operario, el inventor, yo hago los alimentos y vestidos del mundo.  
Yo soy el público que presencia la historia. Los Napoleones salen de mí y los Lincolns. Mueren. Y entonces sacó de mí más Napoleones y más Lincolns.

El poeta reivindica a la gente de la vida diaria, pero no con el sonsonete manido del romanticismo trasnochado, sino convencido de que es la gente de a pie la que cimienta y vitaliza a las sociedades, así como también es la que hace evolucionar las relaciones humanas. En las estrofas finales de “Yo soy el pueblo, la chusma”, Sandburg afirma:

Cuando yo, el Pueblo, aprenda a recordar: cuando yo, el Pueblo, aproveche las lecciones de ayer y ya no olvide a los que el año pasado me robaron, a los que me engañaron como a un tonto, entonces no habrá nadie en el mundo que miente el nombre “El Pueblo” con cierto retintín de sarcasmo en la voz o con una lejana sonrisa de escarnio.  
La chusma —la turba—, la masa arribará entonces.

---

<sup>1</sup> José Coronel Urtecho y Ernesto Cardenal, *Antología de la poesía norteamericana*, Siglo XXI Editores, México, 2016.

Maestro del verso largo —aunque también escribió notables poemas de versos cortos—, Sandburg hizo lindar tales versos con el poema en prosa. Y es que, en efecto, varios de sus poemas parecen de pronto evocaciones o admoniciones escritas en una prosa rica en imágenes y tonos sorprendentes por su armonía. Lejos de la exquisitez métrica y rítmica de varios contemporáneos suyos, Sandburg confiaba más en la plasticidad del discurso, que en su caso solía ser exaltado, brioso incluso, aunque jamás despendolado. Gracias a tal plasticidad el escritor estadounidense logró piezas tan equilibradas como “Carreras y hits”:

Yo recuerdo a los peloteros de Chillicothe peleando contra los peloteros de Rock Island en un partido de diecisiete innings que acabó por la oscuridad  
y las espaldas de los peloteros de Chillicothe eran como un humo contra el crepúsculo y las espaldas de los peloteros de Rock Island eran como un humo amarillo contra el crepúsculo.  
Y la voz del juez se enronquecía contando bolas y *strikes* y *outs* y la garganta del juez se debatía entre el polvo por un canto.

El mundo que vivió y admiró Carl Sandburg rebosaba actividad y movimiento, por lo que el autor rebosó sus poemas de metáforas vigorosas y, las más de las veces, rústicas, lo que no fue un complaciente recurso *naïf*, como han afirmado algunos detractores del poeta. Al contrario: las metáforas y las imágenes y el acento popular son los únicos que pueden escucharse a pesar de los ruidos del progreso: máquinas fabriles, motores de automóviles, soldadoras y grúas que levantan edificios. Y en medio de los ruidos, Sandburg encuentra y celebra la coquetería de la muchacha “Pelirroja, cajera de restaurante”:

Echa hacia atrás tu pelo, muchacha pelirroja.  
Deja estallar tu risa y muestra las dos altivas pecas de tu barbilla.  
Hay en alguna parte un hombre que anda buscando una muchacha pelirroja que tal vez un día se asomará a tus ojos en busca de una cajera de restaurante y se hallará una enamorada pudiera suceder.  
Dando vueltas y vueltas andan millares de hombres a caza de una muchacha pelirroja con dos pecas en su barbilla.  
Los he visto buscando, buscando caza; echa hacia atrás tu pelo, deja estallar tu risa.

Característico de la poesía de Sandburg, en los versos se cuentan y se cantan las vidas y anhelos tanto de hombres como de mujeres. El poeta estadounidense percibía a la mujer como sujeto activo en la creación de la vida cotidiana y de la Historia en mayúsculas, por lo que en los poemas se refleja con sus deseos y miedos, ambiciones y contradicciones, desligada de las limitaciones impuestas por una cultura basada en el machismo. Mujeres que viven por sí mismas, como la que el poeta evoca en “Pollita Lorimer”:

Todos amaban a Pollita Lorimer en nuestra aldea,  
allá lejos.  
Todos la amaban.  
Porque todos amamos una resuelta muchacha que atrapa  
un sueño que quiere.

Si la cajera pelirroja busca el amor mientras despacha en el restaurante, Pollita emigra de su pueblo en busca de sí misma. Una ciudadina, campesina la otra, comparten el sueño de crear su propia vida, pero sobre todo su propia “Felicidad”, esa que los hombres y mujeres de la modernidad han dejado de reconocer:

Pregunté a los profesores que enseñan el sentido de la vida qué es la felicidad.  
Y visité a famosos gerentes que dirigen a millares de trabajadores.  
Todos meneaban la cabeza y sonreían como si yo tratara de burlarme de ellos.  
Y después una tarde de domingo me iba paseando por la orilla del río Desplaines  
y vi un grupo de húngaros bajo los árboles con sus mujeres y sus hijos y un  
sifón de cerveza y acordeón.

Debe decirse con claridad: Sandburg amaba a su país y a su pueblo, pero su amor no era ingenuo; también sabía observar de frente las inequidades de los Estados Unidos. Su poesía se transfiguraba entonces en ironía contestataria, pero también en pregunta. “¿Quién?”, interrogaba el poeta, al comprender las contradicciones irresueltas en el alma estadounidense:

¿Cómo puede un poema ocuparse del costo de producción  
y dejar fuera definida miseria que paga  
un precio permanente en salud destrozada y temprana vejez?  
¿Cuándo se pondrán ingenieros y poetas de acuerdo en un programa?  
¿Será un día de frío? ¿Será una hora especial?  
¿Habrá algún tonto entonces?  
Y si es así, ¿quién?

A las profecías autocumplidas de la excepcionalidad y la prosperidad americanas, Carl Sandburg respondió con la llaneza de poemas y prosas que homenajearon la vida *per se*, sin destinos ni bienandanzas predeterminados. El poeta descendiente de inmigrantes saludaba y sentía la impronta de la vida incluso después de la muerte, la que trasciende, como sus poemas, el olvido y el “Polvo”:

Aquí está este polvo, recuerda que fue una rosa una vez y estuvo en el pelo de una  
mujer.  
Aquí está este polvo, recuerda que fue una mujer una vez y en su pelo estuvo una  
rosa.  
Oh, cosas que fueron polvo una vez, ¿qué otras cosas ahora soñáis y recordáis de  
otros tiempos? 